





La piel de
los extraños



Reloj de arena, 60

Ignacio Ferrando

La piel de los extraños



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por Fernando Valls

© Ignacio Ferrando, 2012

© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2012

ISBN: 978-84-96675-88-9

Dep. Legal: P-65/2012

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de cubierta: JAVIER AYARZA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1ºF

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A los que cierran los ojos

En la ciudad de los ángeles me están arrancando la piel. Quieren saber qué hay debajo. Encuentran lo mismo que en un ser humano: músculos-tendones-huesos-venas-sangre-corazón-estómago-hígado-bazo. Están desengañados, habían esperado encontrar los despojos de un monstruo.

*La ciudad de Los Ángeles
o El abrigo del Dr. Freud
Christa Wolf*



Los atardeceres de Tagfraut

«Y ahora imaginad la piel de mil mujeres desnudas, ¿las tenéis?, ¿veis las caderas?, ¿veis los brazos prolongándose hasta perderse de vista? Apenas respiran, es como si durmieran; igual están muertas. Sus pieles, las unas contra las otras, forman un paisaje de pechos, de pubis ensamblados, de vientres estremecidos. ¿Podéis verlas ahora?, ¿podéis imaginar esa superficie que se hunde y reaparece hasta el fin?» Y ellos cierran los ojos. Tratan de imaginar la piel del desierto, las dunas suaves, el viento cálido. Alguno se balancea. La mayoría logra mantener el equilibrio apoyando las puntas de los dedos sobre el borde de la mesa. Utilizo una voz firme, autoritaria. «Pues estamos en Tagfraut», les digo, «hemos llegado. Ahora solo tenéis que sentir el polvo del desierto, el frío a esa última hora de la tarde». Y durante los siguientes minutos voy dibujándoles los detalles, la meseta cortada al tajo, el rizo de arena, cada alimaña, cada gineta que nos sigue el rastro desde que llegamos. Y juntos, en grupo, caminamos hacia ese resplandor apelotonado de naranjas y ocres. No soñamos despiertos. No se trata

de eso. Solo soy su guía, el que desde hace años los lleva a Tagfraut sin moverlos del sótano. «¿Veis el tuareg?», les pregunto, «¿veis ese bulto remontando el límite de la duna?». A veces sucede eso. Noto que les falla la concentración. Entonces el viaje se convierte en algo proceloso, lento, casi imposible. Y cuando ya pienso que será otra de esas tardes perdidas de antemano, infructuosas, van llegando uno a uno: «No es un tuareg», dice Saúl de repente, «lleva tejanos y ropa occidental, ¿no lo veis?». «¿Qué hace un europeo en el desierto?», se extraña Cecilia, «¿y ese libro bajo el brazo?». «Será el Corán», apunta otro, «allí son fervorosos». Anna estira el brazo como palpando el aire, queriendo tocar lo que quiera que hay frente a ella y los demás no vemos. «Ha lanzado el libro al aire», dice André, «muy respetuoso no parece». Poco a poco son minoría los que quedan rezagados, los que sienten esa angustia de no llegar y ser excluidos de Tagfraut. La euforia por haberlo logrado se contagia de unos a otros, «ahora parece que clava estacas», «no, no son estacas, son piquetas», «es como si marcara el desierto», «el desierto no tiene dueño», «¿de qué se ríe?», «está loco», «¿qué hay detrás?, ¿lo veis?», «es como un muro», «algo levantándose», «una tormenta de arena», «¿y por qué no huye?», «¿por qué no corre?», «porque no tiene miedo», «es idiota», «eso lo dirás tú». Y siempre llega ese momento en el que todo se desboca, en el que cada uno va por su lado y más parece una disputa en la que no quieren entenderse que un viaje a Tagfraut que transcurre entre cuatro paredes. Entonces les obligo a regresar. «Pues ahora abrid los ojos», les ordeno, «mirad a vuestro alrede-

dor». La academia está en un callejón de Silvano Frisch. Desde el subterráneo escuchamos por encima los pasos de la galería comercial, la pasarela, el compresor de la máquina. El filamento de la bombilla amarillea los rostros, los enflaquece, casi flotan alrededor de la mesa. Por la ventana del patio, como tendones grapados a la pared, suben los desagües, las bajantes, los cables de las antenas. «Tagfraut no es ningún desierto», les digo, «es solo un hermoso encaje de palabras, ¿lo veis? Una mentira esculpida torpemente». A pesar de la crudeza del despertar nunca he visto en ellos un asomo de decepción. Por un instante han estado allí. Y eso es lo real, vivir por un segundo bajo el esplendor. Y todo estuvo bien mientras existió ese límite preciso, casi físico, entre Tagfraut y aquel sótano. Pero hace semanas todo eso se torció o se mezcló o no sé muy bien cómo explicarlo.

Fue la tarde en que Unna entró alterada al estudio y me gritó. Al principio no entendí qué quería decirme. Luego saqué conclusiones. Decía que claro que existía Tagfraut, que ese *lugar* —¿puede haber más desprecio en una palabra?— era una simple atracción para turistas, «solo eso, nada más», y luego, con los puños, me golpeó el pecho como si así aliviara su profunda decepción, «eres un embustero». Yo la miré con escepticismo. Quizá no hablaba en serio. Ella lo notó y, al rato, fue al dormitorio y trajo la guía turística. Y allí estaba, en efecto, en el sur de Níger, en el decálogo de lugares más recomendados por los viajeros. Tagfraut. Sus atardeceres. Y lo más penoso de todo es que era un fraude, un engaño contra mí mismo, porque juro que siempre pen-

sé que esos atardeceres no existían, que solo eran una imagen que había ido cincelandando con los años, a la que le había ido sumando un inventario de imprecisiones. Pero la evidencia no dejaba lugar a dudas. La fotografía mostraba la avenida principal, los expositores de postales, los camellos, las palmeritas de souvenir alineadas, los guías locales esperando pacientemente en la tapia blanqueada. Nada escapaba a esa triste vulgaridad. Y a pesar de las similitudes me dije que no era Tagfraut, solo otro Tagfraut con el mismo nombre. ¿Acaso los lugares no cambian dependiendo de quién los visita? ¿Acaso no hay un París, un Londres distinto para cada uno, un destino propio que a los demás les resulta indiferente? Pero sé que solo trataba de engañarme. Disimulé cuando Unna, ya más tranquila, en la cena, sugirió que podría ser un buen destino para nuestras vacaciones. «Sabes que no soporto tu ironía», le respondí. Sin embargo, ella insistió: «Así comprobamos si tus atardeceres eran como creías». «No bromees», dije, «sería una locura». Unna no creía en las casualidades, solo en los motivos que las provocan, en que siempre hay un porqué para lo que ocurre. Había sido mi alumna en otro tiempo. Una de las más brillantes, de las más extrañas, la reencarnación de Sarah Kane con ojos azules, bromeábamos. Trabajar con ella tenía sus riesgos. Le costaba volver. Se aferraba y se resistía a mi voz y tardaba segundos, minutos completos, en abrir los ojos y adaptarse a la plasticidad del mundo. Y cuando lo hacía se mostraba extraña, confusa, molesta por tener que regresar. Por eso le recomendé que abandonara la academia, «mira, yo ya no te puedo enseñar; debes

buscar tú sola». Ese fue el primer día que nos besamos, como si hubiéramos esperado todo ese tiempo de aprendizaje para hacerlo. Cuando nos vinimos al apartamento, lo dejó todo, los atardeceres, la bahía de Matsú —las chocitas de bálago, el dique, los arrecifes espumeando contra el Índico—, ese edén particular en que llevaba semanas trabajando. De ahí esa sensación de haberla fagocitado, de haberla interrumpido en un proceso que la llevaría lejos, de haberla salvado, quizá también, de sí misma. «Igual no es tan mala idea», le respondí, «tú y yo una semana en el desierto». Ella se dio la vuelta muy despacio, apoyándose en la ventana, como esa mujer de Balthus. Detrás de ella, el patio, la hélice de la máquina, el llanto inconsolable de un bebé, «no sé si es buen momento», añadió pensándose, «no hay por qué precipitarse». Me costaba comprender ese modo que tenía Unna de arrepentirse, en menos de un segundo, de cuestiones sobre las que parecía contundentemente convencida, de ser tan voluble. «Claro que sí, cariño; nos vamos de vacaciones y nos tomamos un descanso, y bueno, le damos al botón de reinicio.» Se giró sobre el hombro. Ambos sabíamos que había que detener la carcoma. Estaba por todas partes. Desde hacía años la escuchaba dentro de nosotros, instaurándose, ahuecándonos hasta convertirnos en una cavidad, en un envoltorio de finísimo papel de arroz que un día se plegaría sobre sí mismo y no dejaría de nosotros más que un puñado de cenizas blancas. Ella me besó, «ya veremos». Se fue sin darme una respuesta, y esa noche, en la cama, a pesar de la evidencia y del artículo de la guía, me sobrecogió un pensamiento:

el de que Tagfraut no existía en realidad y mis alumnos, quizá la propia Unna, habían logrado infiltrar un trozo de ficción en la realidad, como venganza, como castigo para hacerme descreer de mis propios mandamientos. Era absurdo, lo sé; uno de esos pensamientos solapados a la vigilia a los que es mejor no hacer demasiado caso. Fue entonces cuando escuché la voz de Unna, «iremos», dijo pasando su pierna sobre la mía, «si es importante para ti, es importante para nosotros». Y sentí un escalofrío cuando su cadera se fue acoplando a la mía, cálida, interminable en su acercamiento de milímetros.

El sábado, la chica de la agencia a la que fuimos nos lo confirmó. Se entretuvo en los catálogos, consultando el ordenador. Incluso venía un reportaje, «aquí lo tiene», nos dijo. Al pie, como una imitación burlesca de mis palabras para introducirles en el viaje, se leía: «Los atardeceres de Tagfraut destilan el embriagador perfume del cardamomo...». No pude seguir; tanto era el cinismo detrás de cada palabra, de cada imagen. Incluso había una pequeña meseta que se recortaba en el margen derecho, entre las dunas inacabables. Era una locura, simplemente ese lugar existía. Todo lo demás eran conjeturas. La explicación era sencilla: debía haber visto esa fotografía antes y luego la había hecho mía, olvidando el original. Pasa con ciertas mentiras. Mentiras que no fueron esencialmente así pero que de tanto imaginarlas se adaptan a su propio envoltorio. No hizo falta que la chica nos convenciera. Nos miramos. Sacamos los billetes.

Esa semana, Unna estuvo silenciosa, haciendo ese ruidito con los nudillos en la mesa. No me quiso decir.

Se movía despacio por la casa y se pasaba las tardes observando los billetes de avión que sobresalían al borde del búcaro. Le pregunté. «No pasa nada, no te preocupes; solo son cosas mías.» Así que dos meses después, al llegar a Mano Dayak, alquilamos una vieja furgoneta. Era un modelo americano con el cajón trasero de madera y la chapa abrasada por el calor. Era el último vehículo del parque, o quizá también el único. Quizá por eso el árabe nos exigió más de la cuenta. Le fuimos dando billetes, «*donnez-moi plus*», decía. «Solo estaremos tres días», trataba de aclararle, «vamos a Tagfraut». «*Donnez-moi*», repetía como si no nos entendiera. Le dimos el equivalente a cien francos y, aunque no pareció del todo satisfecho, nos entregó las llaves. Unna y yo nos fuimos turnando para conducir. Las ventanillas iban bajadas. Unna se había puesto uno de sus vestidos. Era como si durante este tiempo atrás la hubiera olvidado y esa visión, la de la gasa flameando sobre sus piernas, me regresara a la mirada del extraño, a la posibilidad de redescubri-la otra vez, «¿qué miras?», preguntó levantando el cristal ahumado de sus gafas. «Te estás trasformando», respondí. «¿No será en dromedario?», bromeó. La piel de sus hombros iba puliéndose con la brisa de la tarde, sus pies descalzos jugueteaban sobre el salpicadero. Llevaba las rodillas flexionadas y la guía donde había descubierto los atardeceres de Tagfraut sobre los muslos. A veces me decía, «por aquí, a la derecha», y giraba el pliego noventa grados como si hasta ese momento lo hubiera estado mirando del revés. El motor petardeaba cuando nos salíamos de la pista. Conforme nos íbamos adentrando en el interior,

el desierto mordía el asfalto y desdibujaba su trazado. Nos guiábamos entonces por los matorrales de carrizo y las pequeñas palmeras que flanqueaban cada poco la pista.

Reconozco que conforme nos acercábamos sentía algo inaprensible, difícil de describir. Me preguntaba si aquel sería el mismo lugar del que yo les había hablado a mis alumnos y si era posible que la ficción creara realidad y no al contrario, como era lo más frecuente. «Fíjate en la carretera», gritó Unna, «nos vas a matar». Al final de la tarde paramos en un pueblo. La guía decía que era el último enclave antes del desierto. Apenas una docena de chamizos de adobe dispuestos a ambos lados de la carretera. En las terrazas, partidos por en medio, colgaban varios costillares de vaca. Los ijares se iban desgrasando al sol y un líquido amarillento, cubierto de moscas, goteaba colándose entre las tablas.

En cuanto vieron la camioneta, los chiquillos de las chozas salieron a recibirnos. Nos ofrecían artesanías, odres de cabra llenos de agua fresca. Otros simplemente tendían la mano. Unna le dio una moneda a una niña a la que le faltaba una pierna. Los demás, enloquecidos, nos rodearon sin dejarnos avanzar. A la niña le quitaron las muletas y la tiraron al polvo. Otro crío escapó y algunos le siguieron. El matarife salió y espantó a los últimos críos con palabras que nos sonaron poco amables. Llevaba un mandil de cuero. Nos invitó cortésmente hasta una de las mesas y sin pedirlo nos sirvió un té. Resignados, dejamos de espantar las moscas que estaban por todas partes. Olía a fruta madura, a humo, a rincón. Sobre el pretil del porche, el resplandor del desierto tenía una

intensidad cruel, como si el horizonte fuera una gran antorcha propagándose bajo un azul cada vez más negro. Desde el otro lado de la carretera, sentados frente a la línea del arcén, los muchachos nos observaban, sobre todo a Unna. Miraban su tez clara, con avidez, miraban sus rodillas y su pelo amaderado, suelto sobre los hombros. «No los mires a los ojos», me recriminó, «no les gusta que lo hagas». Eso también lo decía la guía, me recordó. La guía marcaba las directrices —era nuestro último arresto de civilidad allí—. La chica de las muletas, que había regresado donde los otros, también se reía. Y teníamos esa sensación, la de que se burlaban de nosotros y nos miraban como a los personajes de un sueño. Quizá por eso o porque la carne estaba carbonizada, Unna apenas probó bocado. «Necesito ir al baño», dijo al final, «tú ve delante; la guía dice que el hombre siempre debe ir delante, un metro al menos». El matarife señaló hacia una cortina de cuentas de plástico cubierta de excrementos de mosca. Entramos en la casa. A la sombra había cinco niños y una mujer jugando frente a un tablero de ajedrez. El tiempo, sin duda, era otro distinto allí. Se nos quedaron mirando mientras subíamos por la escalera y llegamos al cubículo del retrete. No sabíamos si saludar porque ellos tampoco lo habían hecho. «Yo me quedaré vigilando», dije al otro lado de las cortinas. Unna maldecía en el interior. Desde la escalera, a través de un ventanuco, podía ver a los chicos husmeando alrededor de nuestra furgoneta. «Date prisa», le dije. Uno de los niños empezó a hurgar en la rueda de repuesto, haciendo palanca para arrancarla del lateral. Me molestó

que Unna tardara tanto, «súbete tú las bragas ahí dentro», dijo al salir, «ya veremos quién tarda más». Cuando llegamos abajo, la chiquillería ya no estaba. Uno de los muchachos había logrado abrir el maletero y la ropa de Unna estaba desperdigada por el camino, las blusas, el juego de maquillaje, los jeans arruinados por el polvo. Se puso muy nerviosa. De repente solo quería marcharse de aquel lugar, regresar cuanto antes al mundo del que procedíamos. Pero yo le insistí, «apenas nos quedan unos kilómetros», traté de tranquilizarla, «¿ves aquel fulgor?». Y ella miró hacia allí. Los dos reconocimos esa gradación de tonos anaranjados. Una palidez desvaída sombreaba la piel de sus mejillas. La deseé. Otra vez, animalmente, en aquel confín. Y había una eternidad. La muerte había desaparecido y solo quedaba eso, «Tag-fraut», le dije, «no puede ser otra cosa; llegaremos antes de que anochezca». «Y mañana regresamos», añadió ella, «¿me lo prometes?, de madrugada volvemos».

Pero con esa luz, a la caída de la tarde, los referentes se pierden. La pista de arena obligaba a las ruedas de la camioneta que remontaba con dificultad. Tomamos varios atajos. Creíamos que a través de las dunas llegaríamos antes que la noche. La camioneta se zarandeaba, enclavándose en la arena y haciendo peligrar los alambres que sujetaban el radiador. Desde hacía varios kilómetros no habíamos visto indicaciones. Cada poco mirábamos la tangente que empezaba a engullir la oblea del sol. La atardecida apenas duraría unos minutos. Quizá por eso, para aprovecharla, detuvimos la camioneta junto al borde de una gran duna elevada. «Qué más da», le dije, «los

atardeceres son los mismos aquí que un kilómetro más allá. Además, tampoco vamos a encontrar un cartel que lo diga». Una de las cosas que Unna más odiaba de mi carácter era mi relativismo, el modo en que lo empleaba en mi propio beneficio. Pero esta vez no dijo nada. Solo quería regresar. Una brisa agradable agitaba su cabello y dejaba al descubierto parte de su cuello. Le propuse mudarnos al asiento de atrás. Unna decidió mostrarse cómplice y comenzó a subir las ventanillas. Yo saqué del maletín las copas de vino y la pequeña manta de felpa con la que se cubría las piernas en invierno. Miré hacia atrás. Las holladuras de los neumáticos habían desaparecido, barridas por el terral. Mañana, con las primeras luces, regresaríamos. Solo había que desandar el camino hasta Laazib Moulay y de ahí a la comarcal solo había unos kilómetros. Serví las copas. Era un silencio intacto, propiciado, no por la ausencia de sonido, sino por ese algo inelástico y puro que nos rodeaba. «¿Ha merecido la pena?», le pregunté señalando la distancia, «dime si no ha merecido la pena». Ella tuvo que reconocer que sí. No lo hizo con palabras sino con aquel gesto conciliador. Los kilómetros, el incidente de la tarde, la sensación de ser extraños en el lugar erróneo, todo eso se había desvanecido como cuando estábamos en el sótano de la academia. Apenas se mojó los labios en el vino después de brindar. «¿No vas a celebrarlo?» «Claro que sí, es que no me gusta beber; ya lo sabes.» Mentía. Entonces cogió mi mano y se la llevó al vientre, por encima del vestido. Bandeó los hombros y dejó caer los tirantes. Hicimos el amor soportando la incomodidad del asiento,

los muelles, la tapicería acartonada, conscientes de que el futuro nos regalaría una absurda nostalgia hacia aquel lugar en aquel preciso instante. Sé cómo funcionan. Podría escribir docenas de tesis sobre esas imágenes y el modo en que quedan prendidas para siempre en lo que somos. No había más que ver la postura de su brazo, la cintura, el olor a almizcle caliente que irradiaba. Desde el asiento de atrás vi los restos de la esfera. La negrura apoderándose del firmamento. «¿Te das cuenta?», le dije medio borracho, ella ya adormecida, «¿te das cuenta de cómo a veces la ficción opera a nuestro favor?». Podía parecer otra cosa, pero era un chiste, algo que solo entendería la Unna de hace años, algo a lo que solo ella podría responder. «¿Qué te pasa?», le pregunté. De repente parecía preocupada, abrió los ojos. «¿Es que no lo oyes?», preguntó, «¿qué es eso?». «¿El qué?» «Ese rumor; es como un aullido.» No se les veía por ninguna parte, pero seguro que estaban. Pensé que eran chacales, hienas, alguna de las alimañas de las que les había hablado a los chicos. Estuvimos un rato sin palabras, tratando de entender aquella especie de diálogo gutural. «No te preocupes», le dije, «en la camioneta estamos a salvo». Unna bajó los seguros y se fue quedando dormida. Del atardecer apenas quedaba un fragmento reducido, un último punto de incandescencia. No estaba dispuesto a dejar que se consumiera con los ojos cerrados, no después de todo. Era importante no parpadear. Pero no parpadear era imposible. Así que se apagó como si alguien hubiera accionado un interruptor, «el pulsador del mundo», musité. Y todo había terminado con ese fondo de

decepción, como si nada. Al menos, eso pensaba yo. En pocos minutos, se levantó una ventisca que zarandó la camioneta. Las tolvaneras arañaban la chapa como si fueran millones de uñas diminutas. Las ballestas de la suspensión chirriaban como si alojaran a una camada de ratas. Unna parecía dormir plácidamente. Preferí no despertarla. Un día antes todo era igual que siempre, inimaginable desde aquella camioneta destartalada. Y ahora, el mundo y sus prioridades se resumían en ese cuerpo ovillado en el asiento de atrás, en el ángulo, en la lentitud, en el detalle de la tira del sostén sobre la piel, en las sílabas que Unna parecía pronunciar entre sueños sin hacerlo. Esa es la última imagen apacible que tengo de nosotros.

Cuando desperté, ya no había viento. Todo había vuelto a la calma. Había voces, alguien dando órdenes. Todavía empañado por los sueños, incrédulo, vi a aquel hombre. Llevaba una túnica negra y un turbante de paño de algodón. A sus pies había un camello sin montura que mordiscaba los restos de un palmito. El hombre había clavado algunas estacas alrededor de la camioneta y, con unas cuerdas de cáñamo tensado, medía algo a nuestro alrededor. ¡Qué demonios! Había otros tres hombres calentándose en una fogata para superar los rigores de la amanecida. Sé que hubiera debido salir y hablarles y pedirles ayuda para regresar a Laazib Moulay. Pero pensé en las advertencias de la guía. El desierto estaba plagado de tribus hostiles, de clanes que seguían confundiendo nuestros días con los excesos de la época colonial. El golpeteo de la maza logró despertar por fin

a Unna. «Qué sucede», dijo, «qué es todo este lío». «Son inofensivos», dije encogiéndome de hombros. «¿Quiénes son?» «Estaban ahí al despertar. Ya nos habrían atacado si fueran peligrosos.» Me apeé de la furgoneta. Inmediatamente mi actitud atrajo su atención. Incluso el camello dejó de comer y giró hacia nosotros el cuello. No hablaban francés, solo una especie de dialecto yoruba, supuse, que desconocía completamente. Según la guía, en aquella parte del desierto se hablaban cientos de variantes, cada tribu la suya. Por los gestos comprendí que las estacas delimitaban algún tipo de propiedad —nuestra camioneta había quedado justo en el centro—. Se quitó la gasa que cubría su boca y vi que sus dientes eran puntiagudos, como si los hubiera limado para darles esa forma. Me señaló el extremo de un madero que había sobre la arena, una especie de codal de unos cuatro metros de longitud, parecido a las traviesas de las líneas férreas. Entendí que pedía mi ayuda para levantarlo. Los otros tres, desde la fogata, nos observaban como figuras de cera. Cuando nos agachamos para coger la pieza asomó bajo la túnica una vieja carabina y una canana que le cruzaba desde el hombro. Entre los dos colocamos el madero en uno de los lados de la parcela. Los otros dos laterales los claveteó con unos roblones acabados en punta, toscos, cubiertos de herrumbre. Traté de hacerle comprender que si poníamos el último madero, la camioneta quedaría atrapada. Pero él se puso muy serio y les gritó algo a los otros. Unna observaba atónita, el rostro pegado al cristal. Me encogí de hombros y le hice un gesto para que fuera paciente. «Verá», volví a intentar-

lo, «este no es nuestro sitio, tenemos que regresar», y le señalaba hacia la pista. «Soy un turista. Llevamos dinero suficiente.» Y saqué un billete y él ni siquiera lo miró. Lo puse ante sus narices y él me lo quitó de las manos y lo arrojó lejos. Una ráfaga lo arrastró hacia el desierto y fue engullido por la arena casi al instante.

Volví a la camioneta y le conté a Unna lo que estaba pasando. «Mira que el desierto es grande», me dijo, «mira que es grande y tienes que pararte aquí». Así empezaban nuestras discusiones. Con ese punto de algo soterrado que iba ganando terreno. Antes de que las cosas se complicaran, le recordé que eran ella y su guía las que nos habían llevado hasta aquel lugar, «eso no es verdad», alegó, «primero fuiste tú y tus malditos atardeceres; mucho antes». Hice por ignorar sus palabras, le dije que no podíamos olvidar que ese hombre estaba armado y que, en el desierto, una vida no vale lo que debiera valer. «Si nos entierran aquí, nadie nos va a encontrar. Mejor será que no les enfademos», le dije, «en algún momento tendrán que marcharse. Entonces regresaremos».

Pero a mediodía aún seguían allí. Habían desplegado unas hojas de palma y las habían atado a una estructura de bálago. Uno de los ayudantes, el más joven, miraba a Unna sin recato, sin importarle demasiado mi presencia. O quizá precisamente por eso. La temperatura empezó a subir y Unna se volvió irascible, «pon el aire», me dijo, «me voy a morir». «No deberíamos gastar combustible en eso, nunca se sabe.» Así que abrimos las ventanillas. El agrimensur seguía con su trabajo. Era extraño ver todas aquellas cuerdas replanteando las cur-

vas del desierto porque en el desierto la geometría es una quimera. «Ya verás», le dije a Unna, «ya verás como esta noche nos reímos de todo esto en la habitación del hotel». Le expliqué a Unna nuestro plan. «Cuando se alejen para comer, quitaré uno de esos maderos. Y cuando quieran darse cuenta estaremos a varios kilómetros.» La seguridad que empañé en estas palabras pareció tranquilizarla. Estuvimos jugando a las cartas. Llegaron otros dos porteadores a pie. En la joroba de los camellos bamboleaban voluminosos fardos. Sacaron unas tiendas de lona, un pequeño fanal de carburo y toda la impedimenta para pasar la noche.

A la tarde empezó a refrescar y encendieron un fuego. El humo de la leña se colaba por las ventanillas y traía el olor de la carne especiada. La comían con la mano, junto a una sémola amarilla. A veces se interrumpían y nos miraban. No era hostilidad, solo una especie de conmiseración. El más joven se nos acercó y le entregó a Unna un cuenco y un puñado de ciruelas. A mí nada. Comenzó el segundo atardecer. En realidad apenas reparamos porque las prioridades, de repente, habían cambiado. «Son tribus trashumantes», le dije a Unna leyendo la guía, «tal como aparecen, desaparecen. Mañana estarán con su rebaño en otra parte». Pero no se veía ganado y la actitud, desde luego, era otra. Los chacales comenzaron a aullar como la noche anterior. Veíamos crepitar las pavesas cada vez más tenuemente. Sus risas se fueron silenciando. Vimos algunas sombras recortadas en la oscuridad, el destello en el interior de las tiendas. Fue entonces cuando me bajé sigilosamente

de la camioneta y me dirigí hacia los maderos. Intenté levantar la traviesa pero estaba clavada a conciencia. Busqué algo para hacer palanca. Entre las herramientas había una especie de cizalla, pero al apalancar, la madera se hundía en la arena. Busqué una piedra, algo que me sirviera para equilibrar. Ni siquiera me dio tiempo. Sentí en la espalda el cañón del arma, «*bonne soir, Monsieur, pourrais-je vous aider?*». Al menos, uno de ellos hablaba francés. Unna nos observaba desde la camioneta. «Pero no pueden hacernos esto», le expliqué, «*je suis un touriste*». Entendí —por sus ademanes, se daba golpes en el pecho— que consideraba suyo, no solo la parcela de desierto, sino todo lo que había encontrado en ella, incluidos nosotros. Fui hasta el coche. Subimos las ventanillas y apenas si nos dormimos. No hubo viento, solo un frío que lo iba calando todo muy despacio.

Nos despertaron los sonidos de la caravana, el alborozo de las niñas, los mugidos de los camellos, los golpes del calderero. Quizá ya llevaban allí desde la madrugada porque, donde antes solo había dunas y arena, ahora había un dédalo de establos y bebederos, de tendetes que trazaban un gueto de callejuelas provisionales. Los mercaderes eran barbudos, muy diferentes de los nómadas que hasta ahora habíamos visto. Las mujeres caminaban descalzas con el rostro completamente cubierto, algunas con cascabeles en los tobillos. Tenían los brazos y las manos cubiertos de tatuajes de henna. Creo que jamás podríamos haberlas imaginado en el sótano con tanto detalle. Había verduras y artesanos del cuero y vendedores de hulla. «Qué demonios está pasando», gri-

tó Unna, «¡Dios mío! Qué demonios... se han vuelto todos locos.» «No te preocupes», le dije, «seguro que incluso entre estos salvajes alguien representa la ley. Aún nos queda dinero.» Al lado de la camioneta había un puesto de especias. Los saquitos de lentisco y pimienta se alineaban hasta casi rozar los bajos de la camioneta. Tuve que dar un pequeño salto para salir. Al marchante del puesto no pareció gustarle la maniobra. Traté de hacerme entender pero todos me miraban con la misma distancia, como si no fuera la primera vez que veían a unos turistas enclavados en mitad del desierto, con su auto medio hundido en la duna. Al final, siempre desistía. Me mandaban a hablar con otra persona con la que debía explicarme de nuevo. Y cuando ya casi me había rendido, la vi delante de la tetería, erguida, mirándonos con una de las blusas de Unna. Era la niña de las muletas, a la que le habíamos dado una moneda en Laazib Moulay. Fui hacia ella, pero antes de alcanzarla se giró y echó a correr. No lo hacía más rápido que yo, es solo que conocía los recovecos de los puestos. Así que la perdí entre el gentío que venía de frente, impidiéndome el paso.

Antes de regresar a la camioneta compré unos trozos de tela engomada y cubrí las ventanillas del coche. Al menos así el calor no nos abrasaría y estaríamos a salvo de las miradas de los curiosos. A mediodía, la fruta que había comprado, le sentó mal a Unna. Tuvo que salir fuera a vomitar. Mientras sujetaba su melena, vimos lo imposible. La furgoneta estaba en lo alto de un otero. Ya no eran docenas de puestos, sino cientos los que colmaban las faldas de la duna, casi hasta perderse. Una

provisionalidad apretada de tejados, lonas y construcciones incipientes. «Dios mío», exclamó limpiándose la bilis con el dorso de la mano. Por la tarde alguien llamó a la ventanilla. Yo miré a Unna. Estaba muy desmejorada. Era la niña y tiraba de la manga de un hombre de rasgos europeos. De inmediato supimos que aquel tipo representaba la ley. Por fin. Salí del auto y me mostré todo lo cordial que las circunstancias me permitían. Me dije, tranquilízate, ya verás como todo se arregla, de aquí en adelante todo será puro trámite. Fue fácil que entendiera nuestras pretensiones. Él solo quería dinero. Entré en el coche. Unna se negó a dármelo pero yo le dije que era nuestra última oportunidad, que aquí el dinero no nos valdría de demasiado. «¿Qué le sucede», dijo el abogado, «¿no se fía de mí?». «Nada de eso», y le arrebaté el dinero a Unna y se lo di, «habla bien mi idioma», le dije para limar asperezas, «¿dónde lo aprendió?». «Mi padre fue soldado de los franceses», respondió guardando el dinero, «limpiaba sus letrinas; cocinaba para ellos». Y se marchó con toda esa incertidumbre detrás. A la niña de las muletas nunca la volvimos a ver.

Cada tarde Darjeeling llamaba con los nudillos y me obligaba a bajar de la camioneta. Yo le preguntaba y él siempre me respondía lo mismo, «nada; todo en orden». Le entregaba el siguiente pago y él se marchaba. Nunca parecía haber mejorías. La batería del auto se agotó. El sol había podrido las gomas del cárter. Uno de los días más asfixiantes quise arrancar el aire acondicionado y el motor solo emitió el latigazo seco de la correa del ventilador. Abrí el capó. Estaba partida, enclavada entre dos

cilindros de metal. Unna se echó hacia delante, llorando sobre el salpicadero. Cuando entré en el coche reparé por primera vez. Entendí entonces sus silencios, su irritabilidad los días previos, el que no quisiera brindar la primera noche, las reticencias a venir. Era apenas un ligero pronunciamiento, una curva en su vientre. Ella se dio cuenta y se echó hacia delante otra vez, sin decir nada. A veces, las clientas del mercado se agachaban y miraban entre los visillos, poniéndose la mano a modo de visera. Éramos bestias encerradas. Murmuraban en ese idioma que tan odioso se nos había vuelto. Una tarde llamaron a la ventanilla. Unna había empeorado y las mujeres lo supieron de inmediato. Me dijeron algo que no entendí, aunque supe que solo pretendían aliviarla. Trajeron agua. Una miró las dimensiones de la cabina y ayudó a la otra a tender a Unna en el asiento de atrás. Ella se dejaba. Levantaron su vestido y vi en la mirada de las otras una cierta preocupación. Empezaron a traer fruta, ciruelas, incluso cordero que Unna devoraba en el asiento de atrás, desgarrándolo casi crudo como un animal insaciable.

Las gestiones de Darjeeling parecían no acabar. Hablaba del papeleo del consulado, de los gastos, de las constantes incidencias. Y mientras, las chinches nos devoraban por la noche y el alambre asomaba a las gomas cuarteadas de los neumáticos. Con estupor, ese último mes, vi cómo la barriga de Unna crecía casi a cada hora, reventando la camiseta. Le dolía la espalda y se pasaba el día durmiendo, con paños húmedos en la frente. Yo no podía cuidarla, así que lo hacían ellas. Una noche, a

Unna le dio por reír cuando enseñé la guía que habíamos usado para llegar a Tagfraut. «¿Por dónde se vuelve?», le pregunté. «Por allí», dijo riendo, «o por allí». «No, por allí.» Así estuvimos mucho rato, los dos, como atrapados por nuestra propia enajenación. Nos sabíamos observados, mirados a través de las lunas por los salvajes. Pero no nos importaba ser pasto de sus fabulaciones, de sus inquinas, de sus averiguaciones silenciosas. Aunque sin futuro, volvíamos a ser dos. Y eso era lo importante.

Y un día Darjeeling trajo la noticia en un papel apergaminado, lleno de sellos oficiales. Unna lo cogió incapaz de dar crédito y se lo echó al pecho. Se lo enseñamos al agrimensor y, aunque se mostró molestó, nos dijo que era respetuoso con las leyes ancestrales y que, en el plazo estipulado —quince lunas, nos tradujo el abogado— levantaría los maderos, «nunca antes». Esa tarde le pedí a Unna que nos quedáramos viendo el atardecer. Pronto nos marcharíamos. Todo aquello no sería más que un recuerdo acotado cada vez más impreciso, una broma de la que le hablaríamos al pequeño, una anécdota divertida para mis alumnos de los viernes. Merecía la pena fijar los detalles. «Estás loco; siempre pensé que fingías, pero estás loco de verdad.»

¿Por qué nunca llegué a estar convencido?, ¿por qué siempre sospeché que de algún modo esa noche pasaría algo? Al principio pensé en los chacales que nos asediaban, pero luego llegó el graneado de los mosquetones, el relincho de la caballería, los proyectiles. Los soldados arrasaron con todo. Les vimos tirar los puestos, arrastrar los cadáveres desnudos atados a la cabalgadura, violar a

las mujeres, ensartar a los niños. Echamos los seguros, atrancamos las puertas. Había polvo por todas partes. A un niño lo degollaron a pocos metros. Su cuerpo siguió andando con los brazos en alto y al caer hincado de rodillas golpeó la chapa del auto. Unna gritaba. Entonces comprendí que jamás saldríamos de Tagfraut, que nada de lo que valía en nuestro anterior mundo tenía vigencia allí y que las leyes se retorcerían tantas veces como fuera necesario para evitar nuestro regreso.

Pocas cosas cambiaron con los nuevos mandatarios. Unna y yo nos preguntábamos entonces el porqué de la masacre. Simplemente dejó de tener validez la sentencia del juez y consideramos estúpido, casi cómico, volver a iniciar las gestiones. Nuestro hijo estaba a punto de nacer. Para congraciarnos con las nuevas autoridades, lo llamaríamos Rhuo, que significa «tarde» o «atardecer» en su dialecto. La mañana en que comenzaron las contracciones, las mujeres me obligaron a salir del auto. Los hombres no querían acercarse a mí, es la tradición, así que fui hacia el sur, caminando entre la ciudad devastada. Me alejé todo el día pero el poblado seguía a mi espalda. Llevaba la guía de viaje en la pequeña alforja y me detuve a hojear sus páginas. Seguro que nadie escuchó la risa que surgió espontánea. La arrojé y sus páginas quedaron abiertas, venteadas por la brisa de la tarde. El aire quemaba al ser respirado. Avancé trabajosamente, cubriéndome la boca con un fieltro. Algo más allá vislumbré una palmera joven. Sus raíces no podían ser muy profundas pero daría sombra durante muchos años. Así que saqué las cuatro estacas y las clavé alrededor, for-

mando un rectángulo. Luego fui anudando las tirantas. La puesta de sol empezaba a dibujarse al otro lado de la duna. Enfrente formaban una extensión virgen, parcialmente llaneada. Y solo entonces reparé en el parecido, en el símil que solía hacerles a los muchachos. Los cuerpos de mil mujeres tendidas, recordé, casi muertas, respirando al mismo tiempo. E imaginé a Anna y a Saúl, y a Cecilia y a todos en el sótano, cabeceando, amagando una ligera sonrisa antes de despertar.